

El viejo Castillo de Atarés no es inexpugnable

Culpable el General Wood de ello. Un repórter del DIARIO DE LA MARINA, descubre una tarja de bronce, que pone en evidencia ese desaguisado táctico. De cómo la higiene a veces, está reñida con la más elemental estrategia

El propio repórter realizó en Atarés otro importante descubrimiento arqueológico, que igualmente arroja luz sobre los sucesos ocurridos el pasado día nueve

Reportajes muy especiales

CULPABLE EL GENERAL WOOD

En la mañana del domingo último, cualquiera que hubiera querido darse el gusto de tomar el Castillo de Atarés, hubiera podido lograrlo sin gran esfuerzo, toda vez que el total de la guarnición en ese momento histórico, estaba integrado por dos soldados y un cabo.

Cierto es que la operación no brindaba ese día el menor aliciente para un asalto. Allí, según pudo comprobar el repórter, no había nada que tomar. Ni un triste café con leche. A lo sumo, el fresco.

Pero, además, es indudable, que ya difícilmente el Castillo de Atarés llegará a recobrar la prestancia de posición estratégica inexpugnable, que mantuvo a través de 167 años.

Hoy gentes creen que tomar a Atarés cuestión de coser y cantar.

UNA TARJA REVELADORA

Sin embargo, la culpa del desprestigio de la airosa fortaleza, no la tienen tanto los revolucionarios que se rindieron en ella el día 9 de los corrientes a las fuerzas del Gobierno, como el Gobernador americano Leonard Wood y especialmente sus subordinados, el Mayor Black y el Teniente Barden, Ingenieros Militares.

Nuestra tesis se apoya en lo que dice una tarja de bronce colocada a la entrada del Castillo, una vez cruzado el puente levadizo, que la absoluta falta de estética y de temperamento artístico de alguien convirtió en puente fijo.

Esa tarja instruye al visitante de que siendo Gobernador General de la Isla a nombre de los Estados Unidos, el Mayor General Leonard Wood—año de 1901—se llevaron a efecto obras de reforma en la fortaleza, de acuerdo con los planes de sus citados lugartenientes.

Y las famosas reformas de que alardea la inscripción, salta a la vista que consisten en unas cuantas obras sanitarias que han puesto aquello muy higiénico, pero que han echado a perder el Castillo como fortaleza absolutamente invulnerable, cuando la dejó terminada su constructor y todavía hoy posición que puede dar mucha guerra, no contándose para el ataque con elementos superiores a los que pusieron en juego los soldados de Batista, cuyo cañón de mayor calibre era de cuatro pulgadas.

ES MUY DURO DE PELAR

Basta ver, en efecto, las huellas dejadas por la artillería en la recia estructura el día de la asonada, para comprender que con tales elementos de ataque el Castillo hubiera podido resistir largos días en pie. Todo lo que hay derribado, es obra muerta. Y, en proporción, es bien poco. Con-

siderado a través de la teoría de la relatividad, lo que hay allí no son más que arañazos en la piel de un elefante, vistos por una hormiga (el observador.) Naturalmente, a un elefante no se le puede matar con un corta plumas.

PARAGUAS DETERIORADO

Pudo haber, sin embargo, más muertos y heridos el día de referencia. Porque, como hemos dicho, el Castillo de Atarés, desde las reformas sugeridas por dos ingenieros militares americanos de la primera ocupación y ordenadas por el General Wood, está lleno de puntos vulnerables, especialmente en su techo, construido a prueba de bomba y con cua-





Aspecto del «Océano» (Pacífico) que hace el papel de estar defendiendo Atarés, no obstante tener una bala atragantada.

tro emplazamientos para cañones de grueso calibre en los ángulos, también de construcción española, aunque más reciente. Ese techo, donde han explotado granadas del crucero «Patria», sin penetrarlo, es ahora una peligrosa criba, a causa de los lucernarios contruidos en tiempo de Wood. Y si les parece mejor, figúrense un paraguas, lleno de agujeros del tamaño de dos pesetas, para tener una idea aproximada de lo que

es hoy Atarés para guarecerse de una lluvia de metralla. Porque es el caso que esas claraboyas, van a dar directamente a las salas abovedadas donde salvaron la vida gran número de los allí sitiados el día 9.

TUVIERON SUERTE LOS REFUGIADOS

Afortunadamente para aquel racimo humano, ninguna granada tuvo la trágica ocurrencia de colarse por cualquiera de esos agujeros que le hicieron al techo los ingenieros yanquis, para asegurarles la luz y la ventilación a los recintos destinados

a refugio de la guarnición no combatiente.

De haber ocurrido eso, la carnicería hubiera sido tres o cuatro veces mayor que la que se registró.

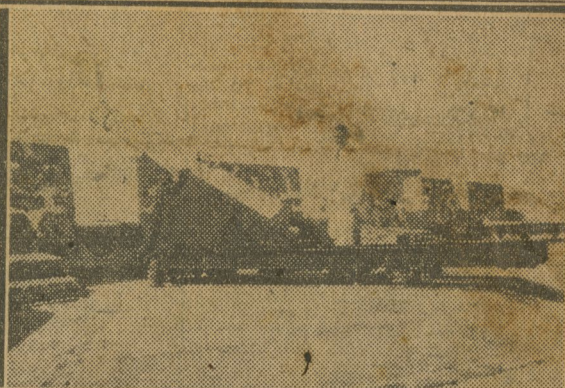
Fué grande, no obstante, porque Atarés, en las condiciones que lo ocuparon los revolucionarios, sólo hubiera podido resistir indefinidamente

te fuego de ametralladoras y fusilería.

SACOS DE ARENA O BOBINAS

Para soportar un tanto el de los cañones cuando éstos empezaron a mandar las granadas «de fly»,—aparte el peligro apuntado, o sea el techo convertido en una criba, por obra y gracia de la Sanidad americana—hubieran necesitado contar los defensores con una buena cantidad de sacos de arena para proteger las anchas puertas de acceso a las bóvedas, por donde entró a su antojo la metralla el día 9, al hacer explosión las granadas en los fosos, y también para guarecer a los hombres que hacían fuego desde los parapetos, sin protección alguna contra las granadas que estallaban a sus espaldas.





Claraboyas hechas en tiempo de Leonard Wood al Castillo de Atarés, que son hoy otros tantos puntos vulnerables de la fortaleza, en caso de bombardeo.

El viejo cañón de bronce «El Océano», fundido el año 1769 en Barcelona, montado sobre una cureña más moderna, pero también del «tiempo de España»

Hemos dicho sacos de arena, pero al repórter—que es hombre de grandes ideas, como lo prueba el descubrimiento del Itamo Real—se le ocurre que también pudieran usarse bobinas de papel para periódicos, que son fáciles de rodar e impenetrables, prácticamente.

¿SERA REFORZADO EL CASTILLO?

Es de suponerse, desde luego, que después de la experiencia de ese día, el Castillo de Atarés será puesto en condiciones de defenderse mejor, por aquello de que «hoy por tí y mañana por mí».

Digase lo que se diga, la posición sigue siendo importante. Bien artillada, no tiene nada que temerle a la Loma del Burro, ni queda dominada por los fuegos del Principe, como aseguró en estos días otro estratega de café con leche, pues todo depende de la clase de fuegos que se tengan. Teóricamente—por ejemplo—también el «Patria» estaba dominado por los fuegos de Atarés, pero como el «Patria» tenía cañones de cuatro pulgadas y el Castillo sólo

los refugiados disponían de un cañón.

El repórter cree haber dado en el quid de esa persistente afirmación. En Atarés hay, en efecto, un cañón de bastante grueso calibre, que asoma su boca amenazadora por el muro que domina la Calzada de Cristina. Pero es un cañón menos efectivo, que fué efectiva, en sus tiempos, la célebre carabina de Ambrosio. Se trata, más bien, de una humorada, acaso de los americanos o tal vez, de los españoles. La verdad es que no pasa de ser una viejísima pieza de artillería, fundida en Barcelona, el 10 de junio de 1769, «con cobre y estaño de América»—según hace constar una inscripción—y que, según otra inscripción, se llama «El

Océano». Pero basta verlo y advertir la gruesa bala que tiene atragantada en el ánima y que difícilmente iría ya «ni para atrás ni para adelante», para comprender que en la actualidad si es comparable a algún océano, es al Pacífico.

Esa era toda la artillería que había y que hay en el Castillo de Atarés.

ENVIO

Claro, querido padre, que los que pueden tirar el plante de haber visto convertida en paisaje lunar toda la región del frente occidental, por efecto de la diabólica artillería alemana, habrán leído estas consideraciones sobre los defectos y ventajas del Castillo de Atarés, con una sonrisilla en los labios, seguros de que para un «gruesa Bertha», todas esas fortalezas son tortas y pan pintado.

Pero yo hice esta información para dedicártela a tí, que te fuiste del mundo sabiendo ya cómo se las gastaba la moderna artillería, pero sin avertirte a reconocer—aún después de lo de Verdún,— que los cañones inventados por tu pariente Ordóñez, no eran una cosa demasiado seria.

Recuerdo, en fin, que nunca llegaste a reírte de los cañones que integraban la batería pues a bajo tu mando en el Ejército Carlista (el «San Pedro» y el «San Pablo»), a pesar de que uno de ellos te lo arretaron por haberse vuelto loco en la batalla de Abázuza y que hablabas con orgullo de que un día tormentoso, durante el sitio de Bilbao, llegaron a confundirse el retumbar de los truenos, con el estampido de los cañones.

Por todo lo cual, sé que a tí te causará agrado que yo siga teniendo afición a estas cosas de las viejas fortalezas, que, con un poco de habilidad en el discurso, todavía constituyen un buen tema para conseguir que se mantenga vivo el culto hacia los viejos estrategas.

T. D. T.

(Fotos del autor)



PATRIMONIO DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR DE LA HABANA

Nov 24/33



Arañazos en la piel de un elefante. A eso equivalen las huellas de las granadas en el Castillo de Atarés.

Nov 24 / 33



PATRIMONIO DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR DE LA HABANA